

Coloquio Perú en sus provincias: Identidad nacional

Señoras y señores:

La Universidad Católica ha dado muestras de su profundo compromiso con el Perú, con su diversidad cultural y social, desde su hora primera, hace ochenta años. Esta vocación fue robustecida en 1947 con la creación del Instituto Riva Agüero, centro de investigación que, honrando a quien fuera maestro y protector, y para continuar con su compromiso con el país, ha sabido dedicar lo mejor del quehacer intelectual de sus miembros al estudio de los diversos elementos culturales que constituyen nuestra compleja realidad.

Asistimos pues a una casa de humanidades, que se halla convencida de la riqueza e importancia del diálogo interdisciplinario y de la extraordinaria fuerza contenida en la creatividad y la reflexión crítica. Es por ello que ha favorecido siempre investigaciones, nuevas propuestas y decisiones que contribuyen a revelar totalmente la cautivante intimidad histórica, social y cultural de nuestra patria.

Hoy iniciamos el Coloquio titulado *Perú en sus provincias: identidad nacional*, y esta es una ocasión propicia para compartir con ustedes unas breves reflexiones sobre algunos conceptos que, estoy seguro, se hallarán presentes en los debates a desarrollarse luego de este acto inaugural. Quisiera empezar con

aquél vinculado con el nombre mismo del Perú, pues éste en su vacilante origen expresa, de manera simbólica, buena parte del camino recorrido por nuestro país como compleja realidad que ofrece relativamente integrada una simultánea presencia de lenguas, culturas y tradiciones enraizadas en un suelo compartido.

Hay quienes atribuyen el origen de la palabra *Perú* al nombre del cacique de una tribu panameña, a principios de la tercera década del siglo XVI, que los aventureros de entonces habrían alterado de *Birú* en *Perú*, para así designar aquellas ignotas tierras levantinas que ellos atisbaban henchidas de riquezas y prometedores horizontes. Para Cieza de León, en cambio, la soldadesca tomó prestado el término de un cacique, afincado también en Panamá, llamado *Peruquete*, acaso *Berruquete* o *Periquete*. Y no faltan quienes vincularon el uso del vocablo, que hoy nos identifica como país, con el nombre de un río. Conjeturas coronadas con la imagen ciertamente poética y dramática incluida por el Inca Garcilaso en sus *Comentarios reales*, cuando nos refiere el encuentro de los navegantes españoles con un indio pescador que encontrándose en la boca de un río fue preguntado “ por señas y por palabras qué tierra era aquella y cómo se llamaba. El indio, por los ademanes y meneos, que con manos y rostros le hacían, como a un mudo, entendía que le preguntaban mas no entendía qué le preguntaban, y a lo que entendió qué era el preguntarle, respondió apriesa, antes que le hiciesen algún mal, y nombró su propio nombre, diciendo *Berú*, y añadió otro, y dijo *Pelú*. Quiso decir, [agrega Garcilaso] si me preguntáis cómo me llamo, yo me llamo Berú, y si me preguntáis dónde estaba,

digo que estaba en el río; porque es de saber, que el nombre *Pelú*, en el lenguaje de aquella provincia es nombre apelativo y significa río en común...”(cap.4. libro 1).¹

Al margen de las pesquisas filológicas que pueda suscitar esta anécdota del Inca y al margen también de las dificultades comunicativas que Garcilaso resuelve con singular maestría, lo que el autor de los *Comentarios reales* anuncia es el conflicto de lenguas y culturas que desde el origen mismo del nombre del *Perú*, funcionan como las líneas básicas de la matriz histórica de nuestro país y de nuestro ser nacional. Porque, en cualquier caso, el *Perú* –Birú, Berú o Pelú – primero como titubeante signo de una ambición apenas controlada y luego como el espacio de encuentros violentos, fascinantes sincretismos y nuevas formas de cultura, inicia ya su inacabada búsqueda de identidad en el siglo XVI, renovándose bajo distintos ropajes hasta conducirnos hoy, una vez más, a preguntarnos por ella, la cual deseamos se ofrezca en el futuro como realidad consolidada en la justicia social, en la paz, en el respeto recíproco, en un sentimiento común de pertenencia al que de ninguna manera puede ser ajena la consciencia crítica de nuestras conflictivas raíces históricas, ni la necesaria reflexión científica que permite convertir los intolerables ruidos nacidos de la incomprensión intercultural en verdaderos significantes, plenos de verdad y de esperanza.

Todos sabemos como el compás de nuestro país nos ofrece, en la extensión de su nombre, una realidad definida en una

¹ . He refundido comentarios tomados de José Luis Rivarola, “El Inca Garcilaso y los orígenes del nombre del Perú”, *El Comercio*, Lunes 10 de mayo de 1993, p.2.; y, Raúl

espléndida coexistencia de variadas culturas. No vivimos en un país homogéneo, sino en un país multicultural y multilingüe, forjado en un permanente e inacabado proceso lleno de tensiones y contradicciones, lo cual no ha sido impedimento para que los peruanos observemos, a veces con inquietud, otras con serenidad, las luces de un nuevo y mejor amanecer. Nuestra diversidad nos obliga a tender los puentes necesarios para hacer posible el encuentro armónico de nuestras culturas, descubriéndonos así *en* y *con* el otro, buscando la tersura de ese diálogo limpio, equitativo y justo, propio de un país cuya unidad sólo es concebible en la peculiar singularidad de diferencias que, antes que separar, reúnen y son motivo para el mutuo reconocimiento.

Reflexionar sobre el Perú supone pues que, evitando la tentación de considerarlo como un objeto neutro, demos cabida al hecho esencial de una intersubjetividad que nos involucra y sobre cuya base se asienta nuestro ser social, adquiriendo sentido la intencionalidad que atraviesa y funda nuestra comunidad como fenómeno histórico, urdido en múltiples situaciones de conflicto y de comunicación aparente pero también de experiencias colectivas verdaderamente compartidas. Desde mi punto de vista, esta es la mejor manera de aproximarnos al conocimiento de nuestro país y, por supuesto, la perspectiva más indicada para distinguir e integrar las distintas capas implicadas en la heterogénea unidad de nuestra identidad nacional, la cual se revela entonces como plexo de relaciones, creencias, sueños,

tradiciones y modos de significar, que han construido una misma historia y que por ello se abren de modo solidario al porvenir.

Por otra parte, también es importante que anotemos la articulación de lógicas históricas distintas en nuestro país, en la que la ocasional hegemonía de alguna de ellas no debe, en ningún caso, ser impedimento para continuar con la búsqueda de modos inéditos de comunicación: venciendo prejuicios, abandonando estereotipos, desapareciendo iniquidades, revirtiendo arrogancias centralistas; porque una nación plurilingüe y pluricultural como la nuestra sólo podrá aspirar a una identidad real sobre la base de un sentimiento de copertenencia, sostenido en la comprensión inteligente de la existencia de comunidades humanas diferenciadas total o parcialmente en su lengua y en su cultura, lo que no supone, claro está, la aceptación de oprobiosos desniveles sociales y económicos ni la adhesión a ciertos discursos contemporáneos que enarbolan la supremacía de los precios del mercado, sobre valores y principios humanos esenciales.

En suma, no se trata sólo de un reconocimiento abstracto de derechos, ni tampoco de aceptar la ilusoria igualdad nacida del mercado. Lo que resulta necesario es más bien promover y comprender nuestra identidad nacional como meta a alcanzar, fruto de la convicción de que es posible encontrarnos, que es posible aprender de nuestras diferencias para justamente seguir construyendo la unidad, que no sólo es posible sino imperativo el identificarnos con el trazado de nuestro futuro, pues todos somos frente a él corresponsables.

La autenticidad del Perú no es un frío mosaico, compuesto por coloridos elementos diversos y estáticos, ni es capaz de ser descrito de una sola vez y para siempre, como un producto concluido, por el contrario, el Perú es un impulso viviente, es una realidad, una promesa y un proyecto, que, parafraseando a Hegel, lo convierte en un incesante espacio de creación de fascinantes síntesis que recogen en unidad la identidad y la diferencia y ello de modo tal que, ofrecidas como nuevos puntos de partida, propicien una vez más otras síntesis, zurciéndose así en ininterrumpido dinamismo el tramado inconcluso de la vida histórica de nuestro país.

Estimados amigos: tengo la certeza de que las conferencias y debates que tendrán lugar no sólo habrán de servir para reflejar en los terrenos del conocimiento y de la experiencia vivida la realidad multiforme de nuestra patria sino que, yendo todavía más lejos, ofrecerán caminos de esperanza para una, cada vez más plena comprensión de la esencia de lo peruano que atraviesa tantas ricas y diferenciadas manifestaciones,; por ello me es grato declarar inaugurado este Coloquio sobre el Perú en sus provincias: Identidad Nacional.

Muchas gracias.

Salomón Lerner Febres

Rector Pontificia Universidad Católica del Perú

19 de noviembre de 1997.